

MARIANO
ARTIGAS
1938-2006

IN MEMORIAM

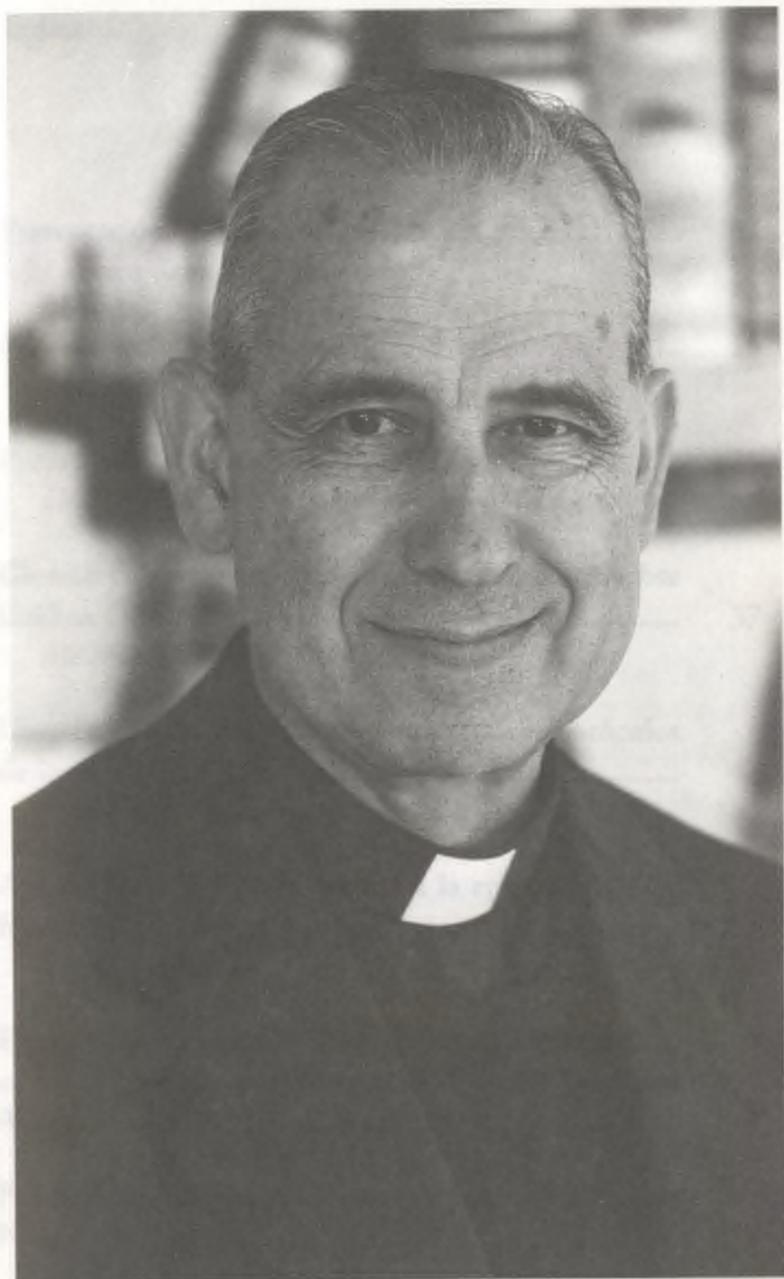
Mariano Artigas
1938-2006

ACTO ACADÉMICO
IN MEMORIAM

23 de noviembre de 2007



Universidad de Navarra
Facultad de Filosofía y Letras
Facultad Eclesiástica de Filosofía



Índice

| | |
|---|----|
| Presentación | 11 |
| <i>Carmen Saralegui Platero</i> | |
| Perfil biográfico y personal de D. Mariano Artigas ... | 15 |
| <i>José Ángel García Cuadrado</i> | |
| Proyectos y actividades del CRYF | 25 |
| <i>Héctor Mancini</i> | |
| Ciencia y fe en perspectiva histórica: estudios sobre Galileo | 37 |
| <i>Melchor Sánchez de Toca Alameda</i> | |
| Ciencia y fe en perspectiva sistemática: los oráculos de la ciencia | 47 |
| <i>Juan Arana Cañedo-Argüelles</i> | |
| Aportaciones del Prof. Artigas a la epistemología y filosofía de la ciencia | 61 |
| <i>Evandro Agazzi</i> | |
| Entrega de la medalla de plata de la Universidad, concedida a título póstumo, al Prof. Dr. D. Mariano Artigas | 73 |
| Palabras del Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Navarra | 75 |
| <i>Ángel J. Gómez Montoro</i> | |

Presentación

Carmen Saralegui

Decana de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Navarra

El viernes 23 de noviembre de 2007 se celebró en la Universidad de Navarra el Acto *In Memoriam* D. Mariano Artigas, organizado conjuntamente por las dos Facultades en las que profesaba: la Facultad Eclesiástica de Filosofía, de la que fue primer Decano, y la Facultad de Filosofía y Letras.

En el Acto, los intervinientes destacaron diferentes aspectos –que aparecen en los textos completos que se recogen a continuación– de la figura y la obra del Prof. Artigas. El Prof. José Ángel García Cuadrado trazó el «Perfil biográfico y personal de D. Mariano Artigas»; el Prof. Héctor Mancini se refirió a los «Proyectos y actividades del CRYF (Grupo de Investigación sobre Ciencia, Razón y Fe)»; Monseñor Melchor Sánchez de Toca habló de «Ciencia y fe en perspectiva histórica: estudios sobre Galileo»; el Prof. Juan Arana se ocupó de «Ciencia y fe en perspectiva sistemática: los oráculos de la ciencia»; y el Prof. Evandro Agazzi glosó las «Aportaciones del Prof. Artigas a la epistemología y filosofía de la ciencia».

Todos los ponentes resaltaron su perfil intelectual de hombre amigo de la filosofía y amigo de la ciencia (doblemente doctor en Filosofía y doctor también en Ciencias Físicas), cuyos trabajos interesaron e interesan tanto a los filósofos como a los científicos; de unos y otros recibió en vida reconocimiento internacional, y unos y otros reclamaron su presencia en los foros principales de discusión científica. Su pasión por la armonía entre razón y fe le llevó a impulsar, en la Universidad de Navarra, el *Grupo de investigación sobre ciencia, razón y fe*. Los trabajos acometidos por el Grupo, de carácter interdisciplinar, y la sintonía de sus miembros en cuanto al planteamiento de su estudio, han mostrado la fecundidad del enfoque propuesto por M. Artigas.

En el momento presente, en el que todas las Universidades pretenden la internacionalización, la figura del Prof. Artigas se presenta como el adelanto gozoso de un futuro que habrá que conseguir. En el Acto celebrado en su recuerdo, el Aula Magna de la Universidad acogió a muchos discípulos suyos, hoy repartidos por diferentes países y Universidades; y ocupó su lugar en la mesa presidencial el presidente de la Academia Internacional de Filosofía de la Ciencia, Prof. Evandro Agazzi, de la Universidad de Génova, que quiso intervenir en su Homenaje. Por lo demás, la traducción de los estudios de D. Mariano

a otros idiomas, o las peticiones que recibió para su publicación en inglés en editoriales de relevancia, son muestra suficiente del calado profundo de su figura y de su obra.

Tan amplio y variado fue su caminar vital que no le dio tiempo a recibir personalmente la Medalla de plata de la Universidad, que se entregó a su familia, en el Acto *In Memoriam*, a título póstumo.

La publicación, que ahora se produce, de los textos que se pronunciaron en el Acto del día 23 de noviembre de 2007, no puede transmitir el ambiente de cálido afecto y de gratitud hacia D. Mariano que compartieron conferenciantes y asistentes en aquella ocasión. Del Rector de la Universidad, que presidió y clausuró el Acto, son las palabras, que yo también suscribo, con las que quiero cerrar esta breve presentación: «El Profesor Artigas –dijo el Rector– tuvo la valentía de enfrentarse a cuestiones arduas y complejas, que, a la vez, son relevantes para el hombre de la calle y su visión de la persona y del mundo. A menudo a contracorriente de la opinión científica dominante, supo pensar y dialogar con los mejores, en las fronteras últimas de la Filosofía de la Ciencia».

Perfil biográfico y personal de D. Mariano Artigas

José Angel García Cuadrado

Decano de la Facultad Eclesiástica de Filosofía

Universidad de Navarra

Los despachos de los Decanos no suelen albergar obras de arte de especial valor. Pero me atrevería a afirmar que el Decanato de la Facultad Eclesiástica de Filosofía es en esto una modesta excepción. Allí, en efecto, puede admirarse el retrato del primer Decano de la Facultad, D. Mariano Artigas, obra del pintor granadino Armando Pareja.

El retrato es de muy bella factura, detallista y con gran fuerza expresiva. La figura de D. Mariano resalta sobre un fondo verde pálido con un matizado contraste de luz y sombra: se encuentra acomodado en un sillón que parece más elegante que cómodo, ataviado con la muceta de color azul celeste, por su condición de doctor en Filosofía. En su mano derecha sostiene el birrete académico en el que se advierte, junto al celeste, el azul oscuro que manifiesta su condición de doctor en Ciencias Físicas. Por debajo de las vestes académicas asoma el traje talar propio de su condición sacerdotal.

En esta breve enumeración parecen sintetizarse los tres aspectos más destacados de la vida de D. Mariano: el físico, el filósofo y el sacerdote; o con palabras muy queridas para él: hombre de ciencia, de razón y de fe.

Al oír esta descripción, sería posible quizá imaginar un rostro crispado y tenso, debido al difícil equilibrio de estos principios muchas veces presentados como antagónicos. Pero la realidad es muy distinta: el rostro del retratado –con esa sonrisa tan característica suya– transmite una imagen veraz de serenidad y armonía. Se podría afirmar que el retrato consigue expresar la honda convicción intelectual y vital de D. Mariano, de que la razón y la fe no se contraponen sino que proceden de una única fuente de Verdad.

Seguramente estas palabras del Fundador de la Universidad calarían muy hondo en el alma de D. Mariano: «Con periódica monotonía, algunos tratan de resucitar una supuesta incompatibilidad entre la fe y la ciencia, entre la inteligencia humana y la Revelación divina. Esa incompatibilidad sólo puede aparecer, y aparentemente, cuando no se entienden los términos reales del problema»¹. Y más adelante continuaba San Josemaría: «No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es ver-

1. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 10.

daderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: *Ego sum veritas*. Yo soy la verdad»².

La confrontación entre ciencia y religión proviene, por tanto, de un mal planteamiento del problema. De todos modos, conviene recordar que plantear bien un problema no significa haberlo resuelto ya. Para D. Mariano, la conciliación entre fe y razón se obtiene mediante el estudio y el trabajo. La fe no fue para él un expediente fácil para neutralizar conflictos intelectuales, ni le ahorró el esfuerzo de desentrañar la realidad. D. Mariano era un hombre de su tiempo, apasionado por los avances técnicos y científicos. Con naturalidad, iba incorporando las nuevas tecnologías en su trabajo y en la docencia. Se alegraba sinceramente de los progresos científicos, y confiaba también —aunque con su moderación característica— en los adelantos médicos cuando a lo largo de su vida tuvo que someterse a diversas intervenciones quirúrgicas especialmente dolorosas. Con los hombres de ciencia sabía compartir las esperanzas y los logros que las nuevas tecnologías habían traído consigo. No era la suya, por tanto, la mirada de recelo y sospecha hacia la ciencia que puede tentar en ocasiones al humanista.

D. Mariano, sin complejos ante la ciencia, no cedía tampoco a cómodas posiciones atrincheradas

2. *Ibidem*.

en el fideísmo. Por eso no buscaba acomodos simples entre la ciencia y la religión, porque estaba convencido de que un poco de ciencia puede alejar de Dios, pero un mucho de ciencia nos devuelve a Él.

Al tiempo que amaba la ciencia, sabía de sus límites y peligros cuando se olvida la dimensión humanística y trascendente. D. Mariano era consciente de que la ciencia experimental no puede dar cuenta de los aspectos más esenciales y nucleares de la persona humana: la espiritualidad y la apertura al Creador. Este es el trasfondo de uno de sus libros más apreciados por él: *El hombre a la luz de la ciencia*. A propósito de este libro, el Profesor Artigas solía recordar que, en un encuentro con el Gran Canciller de la Universidad —que era entonces Mons. Álvaro del Portillo—, éste se ofreció a prologarlo. Posteriormente añadió como epílogo al volumen un diálogo sobre «Ciencia y conciencia» con Mons. del Portillo, que, con gran sensibilidad también para las cuestiones científicas, seguía con vivo interés las publicaciones de D. Mariano y le estimulaba con frecuencia a continuar esa tarea de tanta trascendencia en el mundo actual.

Muchos de los que le conocieron coinciden en señalar que uno de los rasgos más característicos de su personalidad fue su laboriosidad, manifestada, por ejemplo, en la elaboración de sus tres tesis doctorales en circunstancias no fáciles para la investigación. En

efecto, en julio de 1963 defendió su tesis doctoral en la Facultad de Filosofía de la Universidad Lateranense de Roma. En octubre de 1968 –ya sacerdote empeñado en una amplia labor pastoral– obtiene el Grado de Doctor en Ciencias Físicas por la Universidad de Barcelona. Desde aquel año hasta 1972, imparte cursos ordinarios de Filosofía de la Naturaleza y cursos monográficos de Epistemología en esa misma Universidad. Más tarde, en junio de 1979, obtuvo también el Doctorado civil en Filosofía en la Universidad de Barcelona.

De su estancia romana, D. Mariano recordaba que tenía que sacar tiempo para leer y estudiar los exámenes en latín aprovechando los largos trayectos en los viejos tranvías romanos que le llevaban a la Universidad Lateranense. Este hábito lo mantuvo a lo largo de toda su vida. Para muchos de nosotros el recuerdo del profesor Artigas va asociado a las lecturas peripatéticas que solía realizar desde su casa hasta la Universidad. Con frecuencia nos tranquilizaba, asegurándonos que tomaba todas las precauciones pertinentes para no provocar ningún accidente, ni ser víctima de algún automovilista despistado. Lo que nos sorprendía no era tanto que pudiera leer mientras caminaba, sino que «se enteraba» de lo que leía. Alguna vez le oí comentar que entre otros libros, había leído –y puedo afirmar que con aprovechamiento– la *Suma contra gentiles* de Santo

Tomás. Los que conocimos a D. Mariano sabemos que no se trataba de esnobismo o excentricidad, sino de una manifestación de su pasión por exprimir el tiempo y trabajar con ilusión, sin ahorrar esfuerzo.

Sólo así se explica la extraordinaria capacidad de trabajo intenso que logró desarrollar a lo largo de su vida. En sus últimas semanas de vida, fue un ejemplo constante verle bajar a su despacho en la Facultad, incluso con un decaimiento físico notable. Ya gravemente enfermo terminó un libro encargado por la editorial EUNSA, que pudo corregir antes de ingresar definitivamente en la Clínica. Todavía, pocos días antes de su fallecimiento, en su habitación de la Clínica, pasó varias horas corrigiendo el artículo de un profesor de la Facultad. Ciertamente su amor al trabajo bien terminado constituye una de las mejores lecciones que nos ha dejado el profesor Artigas. No obstante, la pasión por el trabajo no la concebía como una autoafirmación personal, sino como un servicio gustoso y eficaz. Se podría decir que su ciencia no era estorbo para la fe, porque en definitiva una y otra son un servicio a la verdad, como afirma el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio*³.

3. Cfr. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, n. 50.

Muchos detalles podríamos citar de su afán de servicio. Uno de ellos es su labor divulgadora. D. Mariano poseía una gran facilidad para divulgar: tenía muy buena pluma; sabía presentar de manera muy atrayente y amena, sin perder seriedad académica, los temas de actualidad científica. Para él, el apartado de «artículos de divulgación» –son cientos los que escribió– dentro de un currículum académico no era un desdoro, sino más bien la constatación de que la competencia académica no equivale a la ininteligibilidad de una jerga accesible sólo a unos pocos. Por otro lado, su espíritu de servicio se hizo patente a lo largo de los años en los que desempeñó labores de gobierno en la Universidad de Navarra. Fue el primer Decano de la Facultad Eclesiástica de Filosofía, cargo que desempeñó a la largo de casi diez años. Posteriormente, durante cinco años fue Vicedecano de la misma Facultad. También prestó su colaboración de diversas formas a la Santa Sede, y recibió el nombramiento de Consultor del Consejo Pontificio para el Diálogo con los no creyentes, así como el de miembro ordinario de la Pontificia Academia de Santo Tomás. Gran parte de su labor investigadora fue respuesta a peticiones o encargos encomendados. En este sentido, resultó también ejemplar el empeño que puso, durante su último año de vida, en dejar terminados los guiones para los

audiovisuales sobre el origen del hombre encargados por la Universidad.

Pienso que ese servicio a la verdad era una de las manifestaciones de su vocación sacerdotal. En efecto, muchas de las condolencias recibidas a lo largo de estos meses coinciden en subrayar su profundo sentido sacerdotal.

Desde 1964 –año de su ordenación– y durante casi veinte años, fue capellán del Colegio Mayor Monterols en Barcelona. Son cientos los estudiantes universitarios –algunos aquí presentes– que tuvo la oportunidad de atender sacerdotalmente durante esos años. Ya en Pamplona, supo compatibilizar las tareas universitarias e investigadoras con una extensa labor. Buena muestra de ello son las muchas horas que en los últimos años pasó en un confesionario de la Clínica, atendiendo a gente de toda condición. La actividad sacerdotal no fue nunca un cometido más, sino que de algún modo impregnaba toda su actividad docente y de estudio.

Debo ir concluyendo. Son muchos los aspectos que me hubiera gustado destacar de la rica personalidad de D. Mariano. Pero antes de acabar me gustaría al menos detenerme brevemente en un rasgo menos aparente, pero no menos real de su vida: la magnanimidad.

En el retrato descrito al comienzo, D. Mariano sostiene en la mano izquierda uno de sus libros más

conocidos: *La mente del Universo*. Cuando comentábamos con él las excelencias del retrato no nos faltaba una alusión jocosa a la gran osadía de presentarse teniendo en sus manos nada menos que la mismísima mente del Universo. Él sonreía ante la broma, pero con el paso del tiempo me ha parecido que ese atrevimiento para las cosas grandes, sin hacer ruido, pero con tenacidad, constituía un rasgo característico de su personalidad.

Así se explica que, durante sus años de Barcelona, acometiera la empresa de hacer su tesis doctoral sobre uno de los autores más importantes de la filosofía del siglo XX: Karl Popper, y que mantuviera con él una correspondencia frecuente y algún encuentro ocasional. También trabó amistad con el Premio Nobel Sir John Eccles, que le prologó uno de sus libros. Durante sus últimos años, como fruto de su tenacidad y del merecido prestigio que había sabido ganarse con esfuerzo y trabajo, publicó en editoriales del máximo prestigio internacional, como Oxford University Press y The Johns Hopkins University Press. Pienso que pocos profesores de la Universidad española han tenido tanta proyección internacional como D. Mariano, que, sin embargo, acogía sus notables triunfos académicos y científicos con serena discreción, sin hacer ostentación de sus méritos.

La magnanimidad y la altura de miras son, sin duda, virtudes que es preciso cultivar constantemente en la vida universitaria. Ojalá no nos falten a quienes, de un modo u otro, nos encontramos con el apasionante desafío de continuar la labor iniciada por D. Mariano.

Proyectos y actividades del CRYF

Héctor Mancini

*Director del Grupo de Investigación «Ciencia, Razón y Fe»
Universidad de Navarra*

¿Qué es el CRYF?

Sintéticamente, el CRYF es una obra iniciada por Don Mariano Artigas y un grupo de profesores de la Universidad de Navarra, para intentar armonizar los saberes científicos y los contenidos de la fe católica.

Leemos en su página web¹: «El *Grupo de Investigación* sobre Ciencia, Razón y Fe (CRYF) se ha constituido en la Universidad de Navarra con el objeto de *promover el estudio interdisciplinar de cuestiones en las que se entrecruzan* las áreas de *ciencias, filosofía y teología*». Todos sabemos que cada una de las disciplinas involucradas es una tarea de especialistas y que su dominio, suponiendo el talento necesario, sólo se logra tras muchos años de estudio e investigación.

Por ello cabe preguntarse si sentar en una misma mesa a científicos, filósofos y teólogos que tienen

1. <http://www.unav.es/cryf>

métodos y objetivos tan distintos, lleva a una armonización de sus saberes o sí son incompatibles.

¿Se produce en esa reunión una confusión de los lenguajes, como narra la escritura en el episodio de la Torre de Babel? ¿O por el contrario, como en Pentecostés, su interacción conduce a un metalenguaje, con el cual todos podemos entender el mismo mensaje sobre Dios, el Hombre y la Naturaleza?

Todas las situaciones son posibles entre estos dos extremos. Pero la mera existencia del CRYF, hace pensar que Don Mariano y los demás fundadores del grupo creían al menos en la posibilidad de encontrar un espacio común.

Se debe reconocer sin embargo, que el objetivo buscado es tan grande y complejo, que a primera vista parece una utopía destinada al fracaso. Si se piensa sólo en las dificultades que existen para lograr el ecumenismo religioso, nos podemos hacer una idea de la magnitud del problema cuando se agregan las perspectivas científicas y filosóficas.

Sin embargo, la búsqueda de esa armonía fue una tarea permanente en la historia del pensamiento humano. Fundamentalmente, porque a todos nos resulta difícil mantener al mismo tiempo, perspectivas contradictorias sobre la misma realidad.

El CRYF con su trabajo, intenta alcanzar esa armonía en ciertos temas que son del interés de sus

integrantes y transmitir sus conclusiones por medio de publicaciones, cursos, conferencias y el mantenimiento de una página web (que muy pronto llegará al primer millón de visitantes). Se sostiene económicamente gracias a un proyecto de la Fundación Templeton y a otro proyecto (PIUNA) de la Universidad de Navarra.

¿Cómo se llegó a fundar el CRYF?

La presencia de Don Mariano Artigas es clave en su fundación. Si analizamos su vida intelectual, vemos que fue un esfuerzo permanente dedicado a buscar cómo lograr esa armonía de saberes. Su vocación lo llevó a realizar un doctorado en cada una de especialidades involucradas, y si agregamos a ello su condición de sacerdote, podemos afirmar que Dios puso en una sola cabeza humana, probablemente la mayor dosis de Ciencia, Filosofía y Teología que se puede tolerar simultáneamente.

Con ese universo en su interior, quien quiera sobrevivir, necesitará encontrar un equilibrio, una solución a las contradicciones.

Y Don Mariano, paulatinamente, la encontró y supo difundirla. Supo interactuar con pensadores de muy alto nivel internacional, algunos de los cuales

están aquí presentes, y fue madurando gradualmente una síntesis cuya visión global presentó como lección inaugural al año académico de 1996-97 y que tituló «La Mente del Universo».

Preocupado, ya como sacerdote, por el impacto que la presunta incompatibilidad entre ciencia y fe podía tener en cristianos con un nivel de conocimientos menor que el suyo, escribió numerosos artículos clarificadores, libros de todos los niveles y terminó fundando el CRYF.

En la convicción de que la ciencia y la fe son compatibles, y además, que una correcta relación entre ellas puede llegar a ser importante y fecunda para ambas, está en el fundamento del CRYF. La profundización y actualización de esas ideas iniciales, sumada a la aparición de nuevos problemas provocados por el desarrollo incesante de la ciencia, hacen que la tarea del grupo tenga una larga trayectoria por delante.

Pero la pregunta inicial se mantiene y podemos aumentar un poco su precisión: ¿se pueden compatibilizar ciencia, razón y fe en un plano puramente intelectual, es decir, situándonos como observadores externos al problema?

¿Se puede describir la riqueza y el significado de la vida solamente con la razón? O bien, ¿qué otra cosa haría falta para describirla?

Nuestra propia experiencia nos muestra que la vida se asemeja más al resultado de una conjunción de azar y necesidad, que al producto de una experiencia planificada por la razón. Los católicos pensamos además, que la gracia de Dios no es ajena a las relaciones que los hombres establecemos entre nosotros y con Dios mismo y normalmente, intentamos reconocer en nuestras vidas la presencia de ese hilo invisible que suele encadenar muchas causas sin que haya otra conexión aparente.

Sabemos que en la vida los sucesos ocurren de una determinada manera y no de otra y que su dinámica siempre es más rica y compleja que cualquier representación que podamos formarnos sobre ella.

Una historia mínima

Contando con vuestra paciencia, me permitiré narrar al respecto una historia mínima, un ejemplo de la existencia de un hilo que unió una parte de mi vida a la Don Mariano y a la de Carlos Pérez García, otro de los miembros co-fundadores del CRYF.

Si debo elegir una causa entre todas, debo decir que mi presencia aquí se debe a mi amistad con Carlos Pérez García. Lo conocí hace 25 años en un congreso de Física, por pura casualidad, ya que ese

año había muchos congresos de la especialidad y, solamente en ese congreso, había más de 150 investigadores participando.

Sin embargo terminé siendo amigo de uno sólo, de Carlos, y nuestra amistad comenzó intentando una cooperación científica, pero no quedó allí. Recuerdo que por entonces, además de la ciencia, yo estaba preocupado por algunos temas de la relación entre la ciencia y la fe. Una fe que había extraviado 20 años antes, junto a tantos otros como yo, que vivieron el famoso Mayo del 68 siendo estudiantes en una universidad.

Veinte años después intentaba recuperarla, pero todavía quedaban muchas cuestiones entre mi fe y mi ciencia que no podía resolver. Problemas que a lo mejor para otro cristiano son irrelevantes, pero que volvían permanentemente a mi cabeza. Cierta día, comentando estos problemas con Carlos (que aparentemente no los tenía), mencionó a Don Mariano Artigas como un experto en el tema y esa fue la primera vez que escuché su nombre.

Yo trabajaba en Buenos Aires en un Instituto de Investigaciones y debido a la necesidad del pluriempleo en Argentina, también daba clases en algunas universidades de Buenos Aires y en San Luis, una ciudad a 800 km de distancia. Viajaba quincenalmente 12 horas en un autobús, un viaje largo y tedioso,

pero propicio para reflexionar largamente sobre estos temas. Los sábados tenía otras 9 horas sin actividad mientras esperaba la llegada del autobús de regreso. Tardes largas y vacías, pero también muy buenas para estas reflexiones. Sólo la misa vespertina en la catedral cortaba en dos mi tarde del sábado.

Recuerdo que una tarde, junto a la catedral, en una tienda de libros y objetos religiosos, dos libros llamaron mi atención: *Ciencia, Razón y Fe* y *Las Fronteras del Evolucionismo*, ambos escritos por Mariano Artigas. Recordé entonces que Carlos había mencionado su nombre y despertaron mi curiosidad. Le escribí a Carlos comentando lo que había visto y como respuesta, unos meses después, recibía esos dos libros de regalo. A partir de entonces se transformaron en mi lectura permanente de los sábados por la tarde y de mis viajes.

Pocos años después, Carlos me escribió con gran alegría comunicándome su designación como Director del Departamento de Física en la Universidad de Navarra. Entusiasmado, me decía que estaba todo por hacer y que me necesitaba. Su carta decía: necesito un físico con «perfil de fontanero» para montar una línea de investigación experimental, desde cero y sin recursos. Hay poca recompensa.

En ese momento yo estaba en Estados Unidos, y pensaba quedarme allí, pero el desafío me resultó

interesante. Lo comenté con mi familia, y ya se sabe quien manda en una familia normal, mi esposa decidió por mí en la dirección correcta.

Con pocas esperanzas de ganarlo, me presenté a un concurso del Ministerio de Educación y Ciencia de España, intentando obtener un año sabático en Navarra. Pocos meses después, las personas de un jurado tomaron una decisión y contra todo cálculo me lo otorgaron. Así llegué a Pamplona. Casi por casualidad.

Por otro lado Don Mariano, poco tiempo antes, también se había trasladado a Pamplona y Carlos me llevó a conocerlo. Allí le conté la historia de los viajes que hacían sus libros hasta el fondo de la pampa argentina, de dónde y cómo los había encontrado y de la importancia que tenían para mí. Él no tenía ni idea de cómo sus libros podían haber llegado tan lejos.

Desde el principio Carlos y yo nos prometimos colaborar con él, siempre desde nuestra perspectiva de científicos, pero en mi caso no pasó de una conversación sin consecuencias. Teníamos mucho trabajo y yo me concentraba en mis tareas. Sabía que Don Mariano en ocasiones se reunía con Carlos, que salían de excursión y que conversaban sobre estos temas, pero no tenía ninguna idea concreta de lo que estaban haciendo.

Ahora lo sé, estaban poniendo las bases para fundar el CRYF, pero no creo que por entonces, ni siquiera ellos tuvieran conciencia de esto. Pasaron muchos años y circunstancias hasta que el CRYF se concretó como grupo, y debo aclarar que yo nunca tuve la menor intención de participar. Estando Carlos allí, consideraba mi presencia como superflua.

Pero hace dos años, un trágico domingo de julio, Carlos falleció en un accidente en la montaña durante una excursión. Don Mariano vino a su velatorio a celebrar una misa de cuerpo presente y al finalizar, me pidió que reemplazara a Carlos en el CRYF.

Recuerdo que, tratando de resistirme, le respondí —pero don Mariano, ..., qué puedo hacer yo allí, ... solamente ir y dar un testimonio...

Él me miró seriamente y me dijo: —mira, no te preocupes, ... en estas reuniones procuramos ser muy concretos, así que lo único que me da temor, es justamente lo que me acabas de decir.

Acepté y comencé a frecuentar las reuniones del CRYF, primero como colaborador y luego como miembro permanente. Y según lo había prometido, procuré no dar ningún testimonio.

Desgraciadamente, nuestra tarea en común duró sólo un año y medio ya que el 23 de diciembre pasado falleció don Mariano y con él, el último eslabón de esta cadena de sucesos que estoy contando. Yo

sigo en el CRYF, gracias a la paciencia de mis compañeros, quienes, seguramente por otra conjunción de causas, me designaron director para completar el mandato de Don Mariano. ¿Por qué a mí, el último en llegar?... No lo sé, ¿otra casualidad?, ¿para completar la transición? Pero esa es otra historia.

Y aquí estoy, reunido con vosotros en este acto que para mí, mucho más que un homenaje, es el reconocimiento profundo a la deuda que he contraído con él.

Podría enumerar una cantidad enorme de coincidencias, obstáculos, y decisiones de otras personas, que fueron esenciales para que yo esté hoy aquí. Un cálculo sencillo de probabilidades demostraría, que considerando sólo la influencia del azar, es más fácil ganar la lotería. Pero no quiero cansarlos y contaré sólo un hecho más. Con el tiempo supe que cuando Carlos era muy joven y comenzó a frecuentar un centro de la Obra en Barcelona, parece que Don Mariano fue su primer director espiritual. ¿Otra casualidad?... ¿La fuerza del destino?... ¿Cuál es el hilo conductor de estos acontecimientos encadenados, ¿es el Espíritu Santo?

Esta pequeña historia, casi intrascendente para quien no la vivió, nos permite apreciar que aprender a compatibilizar las ideas en nuestro intelecto es una tarea importante. Porque el intelecto nos permite co-

nocer *aquello que las cosas son en sí mismas*. Pero vemos que eso no basta. Hace falta la experiencia de la fe para saber *aquello que las cosas y los acontecimientos significan, en relación con el plan de Dios*.

Con este discernimiento no se confunden los mensajes y la inteligencia puede vivir por encima de sus posibilidades. Eso es Pentecostés.

Entre Babel y Pentecostés no hay una diferencia de cultura ni de materia, hay la diferencia de un Espíritu, que está o que no está².

Don Mariano..., muchas gracias por todo lo que nos dio. Esperamos su intercesión e inspiración para seguir trabajando (... ¡y perdón, por no haberle hecho caso esta vez con lo del testimonio!).

2. Miguel FLAMARIQUE, *Escrutad las Escrituras, Homilias para el ciclo C*, Desclee de Brower, Bilbao, 1988.

Ciencia y fe en perspectiva histórica: estudios sobre Galileo

Mons. Melchor Sánchez de Toca Alameda
Subsecretario del Consejo Pontificio de la Cultura

Cuando don Mariano me propuso que escribiéramos juntos un libro sobre la Comisión Pontificia del Caso Galileo, me vino enseguida a la mente aquella anécdota del elefante y la hormiga: Ambos caminaban juntos por la polvorienta sabana cuando la hormiga, volviendo la vista atrás, exclamó: ¡caramba, qué polvareda estamos levantando!

Naturalmente acepté aquel ofrecimiento encantado, y al mismo tiempo sorprendido de que un veterano autor con tantas publicaciones en su haber, me propusiese ser coautor en una empresa tan claramente desigual. Porque el libro que lleva la firma de ambos es un parto asimétrico, donde don Mariano puso la sustancia, o sea, el texto, el análisis, el juicio, y yo la carpintería, los arreglos, las citas, el material de archivo y las últimas correcciones, de modo que puedo decir, sin falsa modestia, que tuyas son todas las glorias y míos solos los yerros.

La pregunta, sin embargo es: ¿Por qué este interés de don Mariano por Galileo? Él era un estudioso de la ciencia y su campo de especialización fue siempre la filosofía de la ciencia y la epistemología. En cierto sentido, puede considerársele también pionero en España de esa nueva disciplina conocida como *Science and Religion*. Fruto de este trabajo es su libro *La mente del Universo*¹, una obra de madurez acerca de la ciencia y la racionalidad del mundo, publicada por la Fundación Templeton. Sin embargo, en sentido estricto, no fue un historiador de la ciencia.

El hecho es que Galileo ocupa un puesto central en la obra de Artigas. En la última etapa de su vida había proyectado un ambicioso plan, concebido como una tetralogía sobre el ilustre pisano, de la que hemos alcanzado a ver algunos frutos². El primer volumen de este proyecto es el *Galileo en Roma*³, publicado en la prestigiosa Oxford University Press y escrito junto con William Shea, un conocido historiador de la ciencia canadiense, titular actualmente de la Cátedra Galileana de Historia de la Ciencia en la Universidad de Pa-

1. *The Mind of the Universe. Understanding Science and Religion*, Templeton Foundation Press, Philadelphia 2000. *La mente del universo*, Eunsa, Pamplona 1999.

2. Don Mariano habla de este proyecto en nuestro *Galileo y el Vaticano*, BAC, Madrid 2008, p. 52.

3. *Galileo in Rome. The Rise and Fall of a Troublesome Genius*, Oxford University Press, 2003.

dua, donde Galileo enseñó de 1592 a 1610 Con Shea, Artigas repitió experiencia en su *Galileo observado*⁴, una galería de los distintos retratos que a lo largo de la historia se han ido haciendo de Galileo, y que van desde el héroe de la lucha por la libertad de la ciencia, al hijo fiel de la Iglesia. Debía haberse publicado un tercero, *Desmitificando Galileo*, también en colaboración con W. Shea. Y finalmente, *Galileo y el Vaticano*, escrito junto con un servidor, acerca de la Comisión Pontificia sobre el Caso Galileo instituida por Juan Pablo II en 1981 y dirigida en su etapa final por el Cardenal Poupard, que es como una relectura del caso Galileo a través de las vicisitudes de esta Comisión. Además de esta tetralogía de madurez, don Mariano dedicó numerosos artículos a Galileo, incluyendo la publicación de un manuscrito inédito, descubierto por él mientras rebuscaba en los archivos de la Congregación para la Doctrina de la Fe⁵. A esta etapa de su vida correspon-

4. *Galileo Observed. Science and the Politics of Belief*, Science History Publications, Sagamore Beach, 2006.

5. Se trata del artículo «Un nuovo documento sul caso Galileo: EE, f. 291 r-v», *Acta Philosophica* 10 (2001) 199-214. De entre sus últimos artículos, cito: «Galileo después de la Comisión Pontificia», *Scripta Theologica* 35 (2003) 753-784; «Lo que deberíamos saber sobre Galileo», *Scripta Theologica* 32 (2000) 877-896; M. ARTIGAS; R. MARTÍNEZ; W.R. SHEA, «Nueva luz en el caso Galileo», *Anuario de Historia de la Iglesia* 12 (2003), 159-179. Además de estos artículos, su libro *Ciencia, razón y fe*, contiene un capítulo, el primero, dedicado a «Galileo: Un problema sin resolver».

den también dos libros, el primero sobre la recepción de las teorías de Darwin en la Iglesia católica, *Negotiating Darwin*, y una interesante confrontación con los «oráculos de la ciencia», los grandes representantes de la llamada «tercera cultura», *The Oracles of Science*, analizando seriamente sus argumentos y confutándolos convincentemente.

Para un estudioso de la ciencia y de las complejas relaciones de ésta con la fe, Galileo representa siempre un desafío. También lo es para el creyente y para quien tiene la misión de educar en la fe. Todos sabemos por experiencia que, casi infaliblemente, en cualquier debate sobre la Iglesia y la ciencia, el nombre de Galileo aparecerá antes o después como un argumento contundente en contra de la Iglesia. La condena de Galileo es uno de los artículos fijos de la letanía de agravios contra la Iglesia, en la que se incluyen también la Inquisición, las cruzadas y algún otro episodio poco edificante de la historia de la Iglesia.

Don Mariano era consciente de ello y dedicó muchas páginas de divulgación a aclarar pacientemente qué había sucedido realmente, a deshacer errores comunes y, como dice el título de su libro nonato, a desmitificar la figura de este personaje.

Me parece, pues, que el primer acercamiento de Artigas a la figura de Galileo, como para muchos de nosotros, era esencialmente apologético. Había que

defender la verdad y explicar, de manera sencilla y asequible, que Galileo no fue condenado a la hoguera ni murió en ella, que no fue declarado hereje, sino que fue un creyente sincero y un hombre genial con un carácter difícil, padre de la física y de la ciencia moderna, pero no héroe de la lucha por la libertad, y algunas otras cosas más.

Sin embargo, hacia el final de su vida, en ese otoño romano que ha visto su obra más madura, don Mariano se centró especialmente en la figura de Galileo. No ya como argumento apologético, sino como objeto de auténtico interés. Creo no exagerar si digo que Artigas se convirtió en el mayor experto sobre Galileo en el mundo de lengua española; o mejor, en el experto sobre el Caso Galileo, pues la historia de los acontecimientos en que el genial toscano se vio envuelto desborda su propia persona. Don Mariano conocía a fondo Galileo. Suya fue la idea, genial, de presentar la compleja aventura de Galileo y su proceso según un esquema temporal claro e inteligible, marcado por las seis estancias de Galileo en Roma. De Galileo, Artigas conocía la genialidad y las debilidades, y era capaz de reconocer ambas. Siempre consideró mala apologética el denigrar los méritos de Galileo para defender a la Iglesia, como lamentablemente es fácil hallar en cierta literatura católica. Además de la vida y obras de Galileo, Artigas era un experto co-

necedor de la *Wirkungsgeschichte* del caso Galileo a lo largo de los siglos en sus diferentes interpretaciones. Todo ello le capacitaba para pronunciarse sobre una cuestión, de la que nunca trató de ocultar la complejidad, con juicios matizados, ponderados con un admirable y sabio equilibrio, algo que sólo pueden dar los años de investigación profunda y metódica y además, creo yo, impregnada de amor hacia la materia de estudio, en este caso, Galileo. En el prólogo del *Galileo en Roma*, firmado por Artigas y Shea, hay una pequeña anotación que expresa, en mi opinión, la estima de aquel por Galileo, cuando escriben que, de los dos autores, «el sacerdote, con frecuencia, identificaba la intuición de Galileo antes que el historiador; el historiador, a menudo recordaba al sacerdote que la Iglesia tenía argumentos consistentes»⁶.

En otro nivel más profundo, sin embargo, el interés por este episodio concreto de la historia de la ciencia se debe a la importancia que tiene para la comprensión de las relaciones entre la ciencia y la fe. El caso Galileo, a pesar de todas las exageraciones y distorsiones a que ha sido sometido, representa un momento crucial en la historia de la humanidad, especialmente en la historia de ese delicado entramado

6. *Galileo in Rome*, xi.

en el que, como en fino encaje, se entretejen los hilos de la fe y de la razón. Que, a su vez, en el fondo, no es sino una muestra de la paradoja misma que es el hombre, misterio donde se mezclan lo humano y divino, donde gracia divina y respuesta libre del hombre se entrelazan en única vocación del hombre.

Artigas explica así la importancia de Galileo:

«El Caso Galileo sigue manteniendo la misma fascinación de siempre, y tiene muchas cosas importantes que enseñarnos hoy. Creemos que es el **primer paso** para valorar adecuadamente las relaciones entre ciencia y religión»⁷.

Más aún, según Artigas, Galileo constituye, en cierto sentido, un *unicum* y, por tanto, un paradigma permanente. Escribía en su artículo «Galileo, un problema sin resolver», que «por lo que se refiere a las ciencias naturales, no se ha dado ningún otro caso análogo al de Galileo»⁸. Cuanto se ha presentado después como ejemplo de conflicto entre la ciencia y la religión, nace necesariamente de doctrinas que se presentan como científicas, cuando en realidad son ideologías. Los conflictos que se presentan como nue-

7. *Ibidem*.

8. *Ciencia, razón y fe*, EUNSA, Pamplona, 2004, p. 37.

vas ediciones del caso Galileo, como la oposición de la Iglesia a la manipulación de embriones, son extrapolaciones indebidas de lo que sucedió con Galileo. Galileo, recuerda Artigas, «nunca creyó que sus teorías científicas fueran en contra de la fe o de lo que afirmaba la Biblia, de cuya autoridad no dudaba. Con lo que chocaba era con una errónea interpretación de la Biblia que hacían algunos teólogos de aquella época, aplicándola a cuestiones científicas»⁹.

Galileo es importante también por las lecciones que contiene para nosotros. En la clausura de la Comisión Galileana, Juan Pablo II se refirió a las lecciones que la historia del Caso Galileo podía ofrecer a nuestro tiempo. Don Mariano era bien consciente de ello y por eso escribió, en la conclusión del su *Galileo Observado*:

«La lección del Caso Galileo (si es que la historia puede enseñarnos algo) es que los teólogos no deberían pronunciarse acerca de las leyes de la naturaleza ni los científicos pedir que la religión se modifique para ajustarse a las especulaciones corrientes sobre la física. Reconociendo que la Biblia contiene todo lo que es necesario para la salvación, pero que no todo lo que contiene es necesario, y reconociendo que la ciencia nos proporciona el cómo, pero

9. *Ibidem*.

no una guía moral, podemos estar en camino para redescubrir la experiencia moral acumulada que hallamos en la religión. Somos lo suficientemente confiados para creer que es lo que Galileo también habría deseado»¹⁰.

En tiempos de Galileo, el desafío era hallar un espacio para una nueva forma de conocimiento, lo que hoy llamamos la ciencia moderna, en un mundo dominado por otra forma de conocimiento: la religión. Hoy día, el desafío es exactamente el contrario. Se trata de hacer espacio a la religión en un contexto intelectual dominado por las ciencias naturales. Por eso, se pregunta:

«¿Cómo encajar la espiritualidad en un esquema conceptual de cosas que muchos consideran fundado únicamente en postulados materialistas? ¿Tendremos que hablar de dos formas independientes, pero complementarias de alcanzar la realidad? ¿O tendremos que perseguir la hipótesis más radical de que la ciencia y la religión son caminos convergentes que llevan a la misma verdad última? No existe una respuesta fácil»¹¹.

10. *Galileo Observed*, 200.

11. *Galileo Observed*, 198.

No existen recetas fáciles, ni respuestas preparadas. Tanto menos a la hora de juzgar un caso como el de Galileo, donde son muchos los elementos que hay que considerar para llegar a un análisis equilibrado y objetivo.

La lección permanente del Caso Galileo es la necesidad de integrar los distintos saberes, el conocimiento de las ciencias naturales con la sabiduría de la fe. Una nueva disciplina o un nuevo conocimiento debe integrarse con los demás y con las restantes dimensiones de la persona, si no queremos que emprenda una carrera en solitario, con consecuencias catastróficas para el hombre, como lo demuestra la historia reciente del siglo XX. Don Mariano expresaba así este deseo:

«Sigue siendo cierto que los progresos científicos sólo apartan de Dios cuando se los contempla desde una perspectiva parcial y distorsionada: si se razona a partir de ellos con un mínimo de rigor, constituyen una gran ayuda para encontrar a Dios»¹².

Don Mariano concluía con un deseo: «con toda seguridad, Galileo subrayaría incondicionadamente esta afirmación». Para él, ahora, es ya una certeza.

12. *Ciencia, razón y fe*, EUNSA, Pamplona, 2004, p. 38.

Ciencia y fe en perspectiva sistemática: los oráculos de la ciencia

Juan Arana Cañedo-Argüelles

Catedrático de Filosofía

Universidad de Sevilla

Deseo hablarles en esta breve intervención del libro *Oráculos de la ciencia. Científicos célebres contra Dios y la religión*. Mariano Artigas lo escribió en colaboración con el profesor Karl Giberson y corresponde a su última etapa de producción, hasta el punto de que fue publicado póstumamente en este mismo año de 2007, bajo el prestigioso sello editorial de Oxford University Press¹.

A mi juicio *Oráculos de la ciencia* constituye una aportación de primer nivel al campo de las relaciones entre ciencia y religión, y no sólo ni principalmente por la cuidada, completa y ajustada exposición de los seis científicos expuestos, sino porque los autores han conseguido dar con una fórmula para discutir las

1. Karl GIBERSON, MARIANO ARTIGAS, *Oracles of Science. Celebrity Scientists versus God and Religion*, Oxford, University Press, 2007, 273 pp. Los números entre paréntesis remiten a las páginas de esta edición.

connotaciones religiosas de la ciencia que constituye todo un modelo a seguir. Con ser esto importante, todavía lo son más las provechosas enseñanzas que aporta en orden a replantear algo que había quedado en gran parte obsoleto y desacreditado con el correr de los tiempos, a saber: el género apologético. La misma idea de defender un ideario se ha ido impregnando de resonancias peyorativas, porque se asocia al mundo de la propaganda, el proselitismo y el adoctrinamiento, nociones antaño respetables, pero que se han vuelto cuestionables en virtud de algunas instrumentalizaciones abusivas al servicio de intereses económicos, políticos e ideológicos inconfesables. Desconfiamos casi instintivamente de todo lo que se nos presenta como bueno, verdadero y digno de compromiso. Enseguida nos aprestamos a contraatacar apoyándonos en los recursos de la filosofía de la sospecha, y se da la paradoja de que sólo estamos dispuestos a aceptar los mensajes que promueven actitudes contrarias a nuestras más íntimas esperanzas y a los más nobles motivos. Cualquiera que hoy en día trata de comunicar al prójimo un mensaje religioso corre el riesgo de ser confundido y tratado como un político en campaña electoral o un comerciante en período de rebajas. La gente está aburrida de ver los anuncios de la televisión y alerta frente al peligro de ser embaucada por los que promocionan remedios

maravillosos, de manera que a todo aplican la misma mirada distraída e idéntica pose descomprometida. Los únicos valores considerados «seguros» son los susceptibles de comprobación directa y aplicación inmediata. De ahí que en el mundo de hoy la ciencia siga siendo la única instancia respetada por casi todos, a pesar de sus evidentes limitaciones y los terribles abusos que ha posibilitado y posibilita. Ya no es tan frecuente como antes encontrar ejemplos de amor desinteresado al saber y consagración altruista a la investigación pura, pero se considera tanto o más que nunca que la ciencia es la piedra de toque para cualquiera que quiera hablar en nombre de la verdad, no importa el tipo de verdad que se trate.

En *Oráculos de la ciencia* Artigas y Giberson detectan y afrontan una curiosa disimetría en la relación entre ciencia y religión que resulta de la situación descrita: cuando alguien pretende en nombre de la ciencia atacar la fe en Dios o la legitimidad de la religión, sus tesis se juzgan con criterios muy distintos que cuando intenta abogar en pro de una y otra. Reina en este campo el prejuicio de que hay una hostilidad congénita entre la instancia científica y la religiosa. Como consecuencia no se aplica idéntico rigor crítico a quienes quieren confirmar y extender el prejuicio y a los que tratan de averiguar hasta qué punto está fundado. En ningún momento esconden

los autores del libro que comento su postura favorable a una convivencia armoniosa entre ciencia y religión. A lo largo de él examinan la postura de los más destacados representantes contemporáneos de la tesis opuesta. Tienen que pechar por consiguiente con la desventaja que para ellos supone el prejuicio dominante y resulta más que notable el modo en que lo hacen.

A priori hay dos respuestas extremas a la pregunta por las relaciones entre ciencia y religión: la primera se resume en la tesis de que poco o nada tienen en común una y otra; la segunda admite en cambio que existen amplias zonas de solapamiento. En el primer caso no habría posible enfrentamiento ni prácticamente ninguna relación; en el segundo se daría obviamente armonía o conflicto, pero nunca indiferencia. Artigas y Giberson se sitúan en la zona intermedia del espectro, puesto que detectan netas diferencias y al mismo tiempo descubren lugares de encuentro:

«...ciencia y religión son dos empresas humanas muy diferentes y, aunque ciertamente hay puntos de contacto, cada una tiene una autonomía considerable que debe ser respetada por la otra. Nuestro principal objetivo en este libro es simplemente presentar seis importantes voces científicas a nuestros lectores» (17).

Importantes y adversas, puesto que Dawkins, Gould, Hawking, Sagan, Weinberg y Wilson son al mismo tiempo destacadas figuras de la ciencia o la divulgación científica y decididos oponentes a aceptar la existencia de Dios u otorgar un sentido positivo a casi todas las formas conocidas de religión. Aquí hay que registrar un rasgo de particular originalidad: en lugar de recensionar las figuras más «favorables» a la postura que sustentan, Artigas y Giberson buscan las más discrepantes y, lejos de adoptar frente a ellas un tono intransigente e hipercrítico, no regatean los elogios que sus aportaciones merecen. Siguen pues una estrategia diametralmente opuesta a la vieja apologética. Ningún argumento de autoridad, ningún argumento *ad hominem*. Brillan por su ausencia los trucos retóricos, las pequeñas zancadillas para que el adversario resulte odioso o al menos antipático. Casi se podría decir que procuran buscar sus mejores ángulos, de manera que el lector acaba naturalmente admirando la epopeya personal de cada uno de estos oráculos de la ciencia actual. Y no sólo salvan a las personas, sino que procuran reproducir toda la fuerza de sus argumentos para negar o poner en duda la existencia de Dios o la legitimidad de la religión. Todo ello, por otro lado, sin el menor atisbo de «síndrome de Estocolmo» ni de fascinación por la fuerza y talentos del oponente. Lo que distingue la aproximación de Arti-

gas y Giberson es que lleva la polémica al terreno idóneo, que no es otro que el de la valoración objetiva de pruebas y evidencias. Asumen sin titubeos que quien cree en Dios y practica una religión ha de comportarse cuando discute con los que niegan uno y otra menos como abogado que como detective y juez. Al primero que ha de convencer es a sí mismo, absteniéndose de aprovechar cualquier ventaja coyuntural y de tender tipo alguno de trampas para incautos. Si es hombre de fe, no es su fe misma la que está en juego, pues pobre fe es la que necesita apoyarse en argumentos que en ningún caso resultarán incontrovertibles. Lo que se cuestiona son los argumentos mismos, y respecto a ellos el que tiene fe será tan crítico, sino más, que el que carece de ella.

Sucede entonces algo sorprendente, y es que el desarme retórico que con tanto rigor practicó el profesor Artigas en su último libro le otorga una singular fuerza dialéctica. El lector comprende que no se le están vendiendo unas «verdades», sino comunicándole los resultados de una encuesta perfectamente honesta. Honesta frente a la verdad que se busca y honesta respecto al adversario que la niega. Quien se entretiene en pequeñeces no muestra otra cosa que la pequeñez de su alma. El hombre grande ve ante todo la grandeza, incluso la de aquellos a quienes se enfrenta. En las páginas de *Oráculos de la ciencia*

uno descubre a menudo puntos flacos de los autores estudiados que bien podrían haber sido concienzudamente aprovechados en su contra: la fascinación de Sagan por los extraterrestres, el descarado culto a su propia imagen promovido por Hawking, el resentimiento de Weinberg por el holocausto de sus parientes judíos, los resabios marxistas de Gould, el odio antiteológico de Dawkins... Artigas y Giberson detectan con lucidez estas debilidades, pero no basan en ellas sus réplicas. Los que las padecen han adquirido notoriedad por otros motivos y son éstos los que deben ser atendidos.

Sería espléndido que los grandes hombres de ciencia analizados por Artigas y Giberson tuvieran el mismo *fair play* cuando hablan de Dios y el hecho religioso. Desgraciadamente no ocurre así la mayor parte de las veces. El conocimiento superficial de los hechos, la simplificación histórica, los argumentos sesgados, la ignorancia de algunos presupuestos elementales de la discusión filosófica y teológica, la pura y simple mala fe están a la orden del día cuando abandonan el campo de su especialidad e inician sus incursiones en terrenos que lindan con la religión. Artigas y Giberson diagnostican con lucidez estos lamentables extremos y además prevén que su mesurada respuesta difícilmente contrarrestará a corto plazo el efecto producido por los descuidados argumentos

de sus contrincantes, a menudo contruidos sobre datos erróneos y rematados con sentencias inapelables:

«Estas declaraciones oraculares, prominentemente localizadas en libros escritos por eminentes científicos, son más efectivas que cien páginas de densa argumentación, y su tono misterioso y gran ubicuidad les dan un aire de importancia» (231).

Si a pesar de ello Artigas y Giberson no pierden la serenidad ni el equilibrio es porque la suya es una obra de reflexión donde importa menos acallar al adversario que iluminar un paraje donde son muchos los que se extravían. La mayor parte de los filósofos y tal vez de los teólogos no alcanzan a calibrar toda la importancia del asunto. En el siglo XIX una parte significativa de la humanidad, la más dinámica e inquieta, había puesto sus esperanzas en la ciencia, porque veían en ella una promesa de redención para los males del mundo y las limitaciones humanas. De sobra sabemos que el siglo XX ha puesto un final abrupto y macabro a tales esperanzas: lejos de curar los males de la humanidad, la ciencia ha servido para incrementar exponencialmente nuestra capacidad de destrucción. Ya nadie ve en ella una nueva religión. Sin embargo algunos de sus usos e interpretaciones siguen siendo la tumba donde muchos espíritus con-

temporáneos sepultan el sentimiento religioso. El viejo dogma de que la ciencia ha vaciado el cielo de Dios sigue muy arraigado entre la gente, aunque casi todos acepten que no ha conseguido entronizar nada en su lugar. El cientificismo ha asumido un rostro amargo y desengañado, pero aguanta firme y sigue reprimiendo los anhelos de trascendencia que hay en el corazón del hombre. Artigas y Giberson han tenido la clarividencia de atacar la raíz misma del problema, enfrentándose cara a cara con los máximos exponentes de una concepción que pretende hablar en nombre de la ciencia, una ciencia que nada promete salvo lucidez, y que no espera otra cosa que asentar para siempre al hombre en su orfandad. El desafío es tan radical que de nada sirve oponerse a él con recetas genéricas.

Cada uno de los nuevos oráculos de la ciencia constituye —como enseñan nuestros dos autores— un mundo aparte. Cada cual ensaya una solución diferente para convertir la ciencia en una especie de fondo de saco metafísico. Hay que estudiarlos caso por caso, para no dejar escapar ninguna de las sutiles inflexiones que transforman sin aparente solución de continuidad el discurso científico en ontología de la inmanencia. ¿Tiene sentido este esfuerzo? Lo tiene si tenemos en cuenta que todas las formas más simples de resolver el contencioso ya han sido ensayadas sin éxito. Lo más sencillo hubiera sido negar a la ciencia

alcance filosófico y por ende teológico. Curiosamente es lo que uno de los oráculos de la ciencia examinados, Stephen Gould, propone con su principio de magisterios que no se superponen. Es una solución salomónica porque otorga a la ciencia el saber y a la religión el querer, o a la ciencia el mundo sensible y a la filosofía el inteligible. Y no funciona porque fragmenta en pedazos nociones trascendentales que por esencia recubren todo el espectro del ser. No es posible confinar la religión en las dimensiones afectivas o prácticas de la persona sin acabar negándola en su totalidad, ni tampoco se hace justicia a la ciencia cuando se le niega cualquier valor filosófico diciendo que sólo sirve intereses pragmáticos o que es incapaz de ir más allá de la fachada fenoménica del universo. Lo cierto es que el genuino hombre de ciencia es un buscador de verdades, y como la verdad no admite ser distribuida en compartimentos estancos, tampoco cabe negar la índole filosófica de la ciencia. Artigas y Giberson subrayan la concepción realista del conocimiento sostenida por los seis autores estudiados, lo cual es un valor que no debe ser sacrificado, ya que una ciencia vuelta de espaldas a la realidad todavía es más contraproducente que una ciencia cerrada a la trascendencia.

Ocurre, y aquí el libro *Oráculos de la ciencia* alcanza las más altas cotas de finura en sus análisis, que el secreto de los éxitos de la ciencia moderna es haber

logrado diseñar metodologías muy bien adaptadas a determinados tipos de objetos. El precio que ha tenido que pagar por ello es dejar fuera de su alcance los asuntos que no se adecuan a tales protocolos de actuación. El científico ha de acatar la disciplina de no traspasar los límites que él mismo se ha impuesto, pero al mismo tiempo no sería fiel a su vocación si no tratara de superarlos. En este sentido los límites de la ciencia no son fijos y el filósofo que hay en todo científico creador reclama permanentemente llegar más y más lejos. Por esa razón tampoco es un capricho ni un vicio epistemológico que los más destacados hombres de ciencia se hagan preguntas que entran de lleno en lo metafísico y hasta en lo teológico, pero cuando llegan a este punto de su indagación tienen que saber también relativizar los métodos que hasta ese momento habían aplicado con éxito, y aprender a transitar por un terreno mucho más movedizo donde ya no hay fórmulas predispuestas para despejar incógnitas. Y aquí precisamente es donde los más recientes oráculos de la ciencia empiezan a cometer errores de principiante. Hawking con su obsesión de cerrar las puertas del tiempo y el espacio a Dios por medio de la idea de un universo autocontenido es quizá quien comete el desliz conceptual más flagrante. Dado que el marco espacio-temporal constituye el horizonte que engloba todo el ámbito de los acontecimientos físi-

cos, piensa el sabio británico que la presencia de Dios en el mundo sólo es posible si hay una «abertura» en dicho horizonte: de no haber un principio absoluto del espacio-tiempo, un instante cero para todos los relojes del cosmos, la acción creadora de Dios sería imposible. Artigas y Giberson deshacen la confusión mostrando que la noción metafísico-teológica de «creación» trasciende el marco espacio-temporal hasta el punto de ser la instancia que explica el establecimiento de ese marco junto con su contenido. Por su parte, el premio Nobel de física Steven Weinberg repite en sus populares escritos de divulgación que cuanto más comprendemos del universo, menos sentido o propósito manifiesta. Tras una sagaz valoración de estos textos se nos hace ver que la física emplea una red de detección diseñada para dejar completamente de lado las cuestiones de sentido. Por consiguiente, lo extraordinario hubiera sido que la comprensión de universo otorgada por la física sirviera también para responder la pregunta por el sentido. En general, hay en todos los oráculos de la nueva ciencia una notable confusión en lo concerniente a la relación entre la causa primera y el orden de las causas segundas, como si el progresivo descubrimiento de éste tuviera que ir en detrimento de aquélla.

Con su paciente labor pionera, Artigas y Giberson han contribuido a levantar puentes derriba-

dos y tender algunos que esperaban ser establecidos por primera vez. Así devuelven a la ciencia la relevancia filosófica que a veces se le ha negado, y también restituyen a la metafísica y la teología la capacidad de diálogo con una instancia de conocimiento que con frecuencia y no sin culpa han marginado. En el importante campo de las relaciones entre ciencia y religión el profesor Artigas ha demostrado, en este como en muchos otros hitos de su fecunda carrera investigadora, que sólo puede enseñar quien está permanentemente dispuesto a aprender. Su vida ha sido un estímulo para todos los que, como yo mismo, nos afanamos en alguno de los frentes que se beneficiaron de su incansable labor.

Aportaciones del Prof. Artigas a la epistemología y filosofía de la ciencia

Evandro Agazzi

Profesor Ordinario de Filosofía de la Universidad de Génova.

Presidente de la Academia Internacional

de Filosofía de la Ciencia

Agradezco mucho esta oportunidad de volver mi pensamiento a la figura de don Mariano. Para mí es también algo muy emotivo porque tuve con él una amistad de más o menos 35 años. Y me acuerdo que mis primeras correspondencias con él siempre llevaban como dirección Barcelona, como aquí se ha recordado. Además de esta profunda amistad, hubo también una comunicación intelectual muy fecunda. De hecho, todo lo que he oído aquí acerca del pensamiento de don Mariano es resultado de una interacción entre lo que él pensaba, lo que yo pensaba... Él mismo, como siempre persona de grandísima honestidad intelectual, lo menciona explícitamente. Yo también tengo que reconocerlo porque el desarrollo de mi pensamiento también es resultado de haber discutido y profundizado ciertos temas con don Mariano. Y por eso estoy de acuerdo con casi todo en su manera de concebir la ciencia, la filosofía, la religión y sus relaciones.

Se me pidió que presentara algo acerca de las aportaciones de Mariano Artigas a la filosofía de la ciencia. Cuando uno piensa en ello, se encuentra con el problema de definir la originalidad de aquel sobre quien se habla. ¿En qué consiste la originalidad? Muchos piensan que original es alguien que le dice blanco a lo negro o negro a lo blanco. No, esto no es la originalidad. Y menos en el caso de la originalidad que se le puede reconocer a las contribuciones de don Mariano. Lo original es profundizar, ver relaciones, poner de relieve ciertas cosas que, en un cierto sentido, ya estaban aquí y allá pero que no se habían visto con la precisión y la correlación necesarias.

En primer lugar creo que hay que reconocer que la filosofía de la ciencia de don Mariano está a la altura de la mejor filosofía de la ciencia del siglo XX. Don Mariano no rechaza de ninguna manera el estilo de la filosofía analítica de la ciencia que primero exige un conocimiento serio y profundo de, por lo menos, una ciencia. Mi máxima siempre ha sido: no se puede hacer filosofía de lo que no se conoce. Yo me río de muchos filósofos de la ciencia que no conocen ninguna ciencia: los hay muchísimos. Es evidente que no se pueden conocer todas las ciencias. Pero para hacer una filosofía de la ciencia que no sea sólo una charla más o menos brillante, por lo menos hay que haber visitado un edificio científico por dentro. Don

Mariano –lo acabamos de oír– se formó de manera muy seria en una de las ciencias, en particular en la física, y esto le ofreció la posibilidad de visitar con la misma seriedad otros edificios científicos, en concreto, el edificio de las ciencias biológicas.

En segundo lugar, hay que hablar del planteamiento claramente racionalista de Mariano Artigas, algo muy importante en un mundo que en este momento valora sobre todo lo irracional. Don Mariano tuvo un estilo estrictamente racionalista, es decir, argumentar, proporcionar evidencias y argumentos, con rigor lógico y, además, con un enfoque metodológico. Por esta razón, yo creo que es imposible atacar a la producción epistemológica de Mariano Artigas desde el punto de vista analítico. Esto ha sido siempre mi divisa, y fue también la suya. Ninguno de nuestros adversarios ideológicos puede encontrar ni un capítulo o párrafo de nuestra producción que pueda ser criticado desde el punto de vista metodológico. Y esta es una razón por la cual estas personas se encuentran incómodas en muchos debates. No pueden decir: aquí hay un error, aquí falta esto... no. Desde el punto de vista del planteamiento, Mariano Artigas está perfectamente a la altura de la mejor y más exigente epistemología contemporánea.

Ahora bien, ¿cómo concibe la ciencia Mariano Artigas? Es un punto importante. Don Mariano per-

tenece a una línea de pensamiento que considera la ciencia principalmente como una empresa cognoscitiva. Esto no es algo obvio. Hubo una minoría dentro de la filosofía europea y americana del siglo pasado que concebía la ciencia como una empresa de conocimiento. Era la minoría de los positivistas lógicos. Los demás la concebían como una empresa esencialmente económica o pragmática, una empresa que no conoce, sino que hace modelos. Lo malo es que esta postura se encuentra en los epígonos de aquella filosofía analítica de la ciencia: Kuhn, Feyerabend, sociólogos de la ciencia. Pero Mariano Artigas siempre fue fiel a la idea de que la ciencia es una empresa que trata de conocer. ¿Y cómo? Buscando la verdad. Estos son puntos fuertes e importantísimos de su filosofía.

No obstante, alguien podría decir: la ciencia es una empresa que trata de conocer, pero ¿conoce o no conoce? Aquí nos encontramos con una grandísima equivocación que don Mariano supo subrayar. Él, que había estudiado –yo creo que se puede decir así– con cariño a Popper, criticó también a Popper en este punto. Popper se había confundido, aunque don Mariano es tan delicado que nunca lo dice de modo directo. Yo lo digo porque tengo un temperamento muy diferente, mucho más agresivo. Hubo una gran confusión entre verdad y certeza. Nosotros que conocemos la teoría del conocimiento tradicional sabemos

muy bien que en ella se describían unas etapas fundamentales en el esfuerzo de conocer una cierta realidad: se empieza con la ignorancia, luego se pasa a la duda, luego se formula una opinión, y finalmente se trata de alcanzar —a través de pasos que incrementen la «probabilidad»— la certeza. Nosotros que seguimos apreciando la epistemología escolástica, sabemos que todo eso no tiene de por sí nada que ver con la verdad. ¿Cómo es esto? ¿Acaso el ideal no es llegar a un punto en el cual verdad y certeza coinciden? Claro que sí, pero también todos sabemos que se puede considerar cierto algo falso, y no tener certeza a propósito de verdades.

El popperianismo consiste en reconocer que en la ciencia nunca alcanzamos una certeza total, absoluta. Pero esto no tiene nada que ver con la búsqueda de la verdad. Además —es algo que don Mariano supo subrayar muy bien— ni siquiera es tan importante que tratemos de alcanzar la certeza absoluta, puesto que en ninguna circunstancia de la vida ésta nos es imprescindible. Yo creo que ser racional consiste en lo siguiente: conformarse con una certeza que consideramos establecida *más allá de una duda razonable*. Es decir, si no tienes razones para dudar acerca de alguna conclusión, entonces la puedes considerar cierta. Y si un día te surge una razón para dudar, tendrás que revisar tu planteamiento. Esta fue también la manera

en la cual don Mariano concebía la ciencia, el conocimiento, la búsqueda de la verdad y el alcanzar la verdad sin necesidad de alcanzar una certeza absoluta. Fue la idea que sintetizó en el concepto de la «fiabilidad de la ciencia». Publicamos incluso un artículo firmado por Artigas, Agazzi y Radnitzky, que salió en la edición española de *Scientific American* hace muchos años, en el cual defendíamos la fiabilidad de la ciencia. Fiabilidad no significa únicamente que la ciencia se pueda aplicar. No, la fiabilidad quiere decir que podemos tener confianza en el conocimiento científico, aunque éste sea revisable y aunque no sea un conocimiento que goza de una certeza absoluta.

Nos encontramos en este punto con un planteamiento muy interesante que don Mariano no ha desarrollado de manera particular en su filosofía y al cual yo, por el contrario, he dedicado mucho interés. Si se acepta que la ciencia es una empresa de conocimiento que busca la verdad, habrá que reconocer necesariamente el carácter realista de la ciencia. Don Mariano es realista pero no ha desarrollado este tipo de argumentación. Cada filósofo tiene su enfoque. Pero es muy importante referirnos ahora a este planteamiento, justamente porque don Mariano también está dentro del surco del realismo. Porque, ¿qué sentido tiene hablar de que la ciencia busca y alcanza una verdad si, al final, no nos dice cómo son las cosas? Y

si no dice esto, ¿de qué tipo de verdad estamos hablando? Se debe defender la ciencia de modo serio y no sólo de manera edificante. Edificante significaría, en este caso, con el mero objetivo de construir un discurso. Por lo tanto, todos los científicos, o nos dicen sólo cosas edificantes, no la verdad científica, o, si quieren decir algo serio, tienen que ser realistas.

Es aquí donde empiezan las dificultades. Porque si la visión que un científico tiene sobre la ciencia es realista, habrá que ver si lo que su ciencia dice se corresponde con la verdad y, sobre todo, si expresa toda la verdad. Este es el punto clave, porque si alguien se suscribe a una visión realista de la ciencia, entra en la ontología, le guste o no le guste reconocerlo. No puede escapar. Está hablando de lo que es real. Es algo que a muchos no les gusta pero así son las cosas. Al mismo tiempo empieza el discurso acerca de la limitación del conocimiento científico, pero no en el sentido de que lo que la ciencia conoce no sea real, sino en el sentido de que lo que conoce sólo es un aspecto de la realidad que la concreta disciplina científica investiga.

Por tanto, la limitación de las diferentes ciencias no consiste en decir que son débiles, falibles, revisables. Se trata, más bien, de admitir que todo lo que se está diciendo es verdadero pero a propósito de un aspecto. Aquí es donde se ve la ontología. Porque

la tarea ahora consiste en demostrar hasta qué punto la perspectiva del científico abarca lo real. Hay diferentes posibilidades de plantear una solución que no sea un discurso reduccionista. Muchos, y de modos diversos, hicieron críticas en contra del reduccionismo. La perspectiva que adoptó don Mariano, y que comparto con él, puede expresarse del modo siguiente –fue de hecho el título de una ponencia presentada en un congreso de la Academia Internacional de la Filosofía de la Ciencia–: el reduccionismo es una actitud anticientífica. ¿Y por qué eso es así? Porque la actitud científica consiste básicamente en lo siguiente: primero, delimitar los atributos que se quieren investigar; luego, establecer los conceptos del idioma científico que se refieren a estos atributos; en tercer lugar, indicar los métodos para averiguar la referencia a los objetos de investigación y de tal manera apuntar a la verdad. Siendo válido todo lo establecido siempre en relación con un aspecto de la realidad concreto, no con otros. Si alguien pretende que lo que ha elaborado abarque lo todo, en el mismo momento se sale de la ciencia. Esta es la característica de la ciencia moderna, en cuanto diferente a la idea antigua de la ciencia como un saber universal, necesario, etc.

Aquí se ve muy claramente cómo aparecen otros horizontes y que la frontera indica los límites de la ciencia pero también los puntos de contacto

con otras perspectivas. La frontera le dice al científico dónde hay cosas que él no alcanza a ver, a decir o a expresar, pero que, al mismo tiempo, están, por así decirlo, llamadas por lo que él está consiguiendo y alcanzando. Esta perspectiva le permitió a don Mariano hacer no sólo el discurso de las relaciones entre ciencia y metafísica, sino también de las relaciones entre ciencia y religión. Y su postura –esto ha sido bien ilustrado hace un momento al hablar de las figuras de *Oráculos de la ciencia*– no es ni concordista, como si hubiera que poner a todos de acuerdo, ni basada en una separación. Esto es muy importante. Yo quisiera expresarlo diciendo: hay que distinguir sin separar. La distinción implica ver los diferentes puntos de vista pero también hay que ver las superposiciones, porque hay problemas que se ven desde puntos de vista diferentes.

Esta es la postura que yo considero correcta aunque no lo exprese de la misma manera que don Mariano: no todos pueden tener el mismo temperamento equilibrado y no agresivo que don Mariano. Yo mismo he estudiado a Galileo durante toda mi vida bajo distintos puntos de vista, pero yo acostumbro expresar las cosas de una manera un poco más polémica. Cuando hablo con las personas que admiten sólo la visión científica, les digo: miren, todo lo que Ustedes entienden, explican, yo mismo puedo

entenderlo y explicarlo. Pero mi punto de vista me permite ver algo que ustedes no ven. Tengo algo más, no algo menos. Esto, por supuesto, irrita un poco. Pero no es soberbia, es la realidad. Cuando alguien se plantea las cosas desde el punto de vista de la religión, no implica que se vuelva ciego. Todo lo que los científicos pueden explicar —es lo que se ve en las obras de Artigas, ya sean de física, de biología o de evolución—, lo entiendo muy bien. Pero quien no admite nada más que ciencia, se bloquea frente a algo real. Desde mi punto de vista eso quiere decir que puedo integrar dentro de una óptica que añade algo sin perder ningún detalle, los conocimientos, las interpretaciones y las implicaciones racionales de la ciencia.

Yo creo que ésta debería ser la postura correcta. A mí me estorba la idea de que Dios tenga necesidad, que le haga falta, una defensa nuestra. Díganme, ¿cómo puede un verdadero hombre de fe pensar que a Dios le haga falta la defensa? Este no es el espíritu de la apologética. Yo creo que la postura de don Mariano constituye, sin soberbia intelectual, la posibilidad de proponer un mensaje que tiene toda la riqueza posible de lo que nos dan hoy las ciencias, sin renunciar a otras riquezas que nos dan otras dimensiones. Tengo costumbre —y así termino— ilustrarlo todo con un ejemplo. Por ejemplo, cuando mis estudiantes me dicen: la fe es irracional, yo digo: no, no

es ciega. Pero, ¿cómo puedes admitir la existencia de Dios frente a la presencia del mal físico en el mundo, los desastres, los cataclismos, los huracanes, etc.? El supuesto racionalista dice: esto indica que Dios no existe porque –debido a su bondad y sabiduría– no podría permitir todo esto. Entonces todo esto no tiene ni explicación racional ni sentido. El hombre de fe dice: la explicación existe y está en un proyecto divino que no alcanzamos a entender. ¿Quién es en este caso el verdadero racionalista? El segundo, no el primero. El hombre de fe no renuncia a entender, el otro sí. El verdadero racionalista es el que, frente a un hecho que no sabe cómo darle una explicación, que no sabe atribuirle una causa, da el brinco hacia la fe que se vuelve la última playa de la razón. ¿Acaso no es verdad? Sí, es verdad. La última playa de la razón consiste en reconocer, como ya decía el viejo Pascal, que hay miles de cosas que la sobrepasan. Y entonces en vez de decir: la fe es irracional, saber decir: no, tiene que existir una razón que yo no conozco. En este momento mi fe es el último esfuerzo que la razón hace para no renunciar a darle un sentido y un valor a la vida y a lo que nos muestra la experiencia.

**Entrega de la medalla de plata de la Universidad,
concedida a título póstumo, al Prof. Dr.
D. Mariano Artigas Mayayo**

Eduardo Flandes Aldeyturriaga
Secretario Académico de la Facultad Eclesiástica de Filosofía

Con la venia.

El Decreto del Gran Canciller, de 3 de diciembre de 2002, dispone que la Medalla de la Universidad de Navarra se otorga para distinguir, según la tradición universitaria, a aquellas personas físicas o jurídicas que hubieran prestado muy señalados servicios a esta Corporación.

El citado Decreto establece que la Medalla, en su categoría de Plata, se acuñará en este metal. Su anverso incluirá, en esmalte, el emblema de la Universidad, con la figura de frente y en plata del Arcángel San Miguel, sosteniendo un escudo de gules, cargado con las cadenas de Navarra, pisando un dragón en sinople; todo en campo de azur, circundado por bordadura de plata con la leyenda *Universitas Studiorum Navarrensis*; y el reverso, una orla de laurel que circundará la inscripción *A clarissimo et humanissimo viro Sancto Josephmaría Escrivá de Balaguer anno domini milésimo nongentésimo quinquagésimo secundo cóndita*;

en algún lugar exterior a la orla de laurel se grabará el número de orden correspondiente. La medalla estará provista de anilla y eslabón para llevar con cordón o cinta de color de plata.

La concesión de la Medalla de Plata compete al Vice-Gran Canciller de la Universidad, previo informe favorable de la Comisión Permanente de la Junta de Gobierno.

El Vice-Gran Canciller, Excmo. Mons. Ramón Herrando Prat de la Riva, mediante el oficio número 218/07, de trece de marzo de dos mil siete, ha tenido a bien conceder la Medalla de Plata de la Universidad de Navarra, a título póstumo, a D. Mariano Artigas Mayayo, en reconocimiento por los valiosos servicios prestados a esta Corporación.

* * *

Una vez finalizada la lectura del Decreto del Vice-Gran Canciller, el Excmo. Sr. Rector hizo entrega de la Medalla de Plata de la Universidad a Dña. Ana Artigas, hermana del Prof. D. Mariano Artigas.

Ángel J. Gómez Montoro
Rector de la Universidad de Navarra

Se ha afirmado en alguna ocasión que el grado de resistencia personal a los homenajes académicos es directamente proporcional a los méritos de su destinatario. No quiero ni pensar en la tenaz oposición que el Profesor Artigas hubiera presentado a un acto como el de hoy. Casi puedo sentir ahora su mirada aguda, por encima de aquellas gafas en misterioso pero estable equilibrio sobre la punta de la nariz, reprochándonos sin palabras esta reunión sobre su persona y su obra, que él, llevado por su natural modestia y su sinceridad aragonesa, calificaría seguramente como una lamentable pérdida de tiempo.

Por otra parte, D. Mariano era una persona muy razonable y, en el fondo, entendería que las instituciones, como las personas, tienen el deber de dar las gracias a quienes las han servido con lealtad. Esa es mi obligación gustosa hoy como Rector: expresar públicamente el agradecimiento de la Universidad de Navarra al Profesor Artigas por su servicio abnegado y generoso, pleno de méritos académicos, como se ha

puesto de relieve en las intervenciones precedentes. Un agradecimiento que se expresa también en la Medalla de Plata que hoy le otorga la Universidad.

Deseo destacar entre esos méritos su trabajo de gobierno: fue casi diez años decano y le correspondió la no pequeña tarea de poner en marcha una nueva Facultad, responsabilidad que hizo compatible con su intensa labor docente e investigadora y con la labor pastoral que siempre desarrolló. Gracias, entre otras razones, a su buen criterio y a una capacidad de trabajo casi legendaria —aunque se han dado hoy abundantes ejemplos reales—, la Facultad Eclesiástica de Filosofía se desarrolla sobre unos cimientos sólidos.

Cumplido mi deber de agradecimiento, no pretendo glosar de nuevo la extraordinaria actividad científica del Profesor Artigas, algo que han hecho con cariño e inteligencia cuantos han intervenido en este homenaje. Me limitaré a subrayar algún aspecto de su personalidad como universitario, fruto de sus muchas virtudes morales, y en el que brillan también rasgos propios del espíritu de esta Universidad, legado por su fundador, San Josemaría Escrivá. Me refiero concretamente a su noble ambición intelectual, asentada sobre una curiosidad infatigable y el amor a la verdad propio de los grandes maestros.

Ciertamente, el Profesor Artigas tuvo la valentía de enfrentarse a cuestiones arduas y complejas, que,

a la vez, son relevantes para el hombre de la calle y su visión de la persona y del mundo. A menudo a contracorriente de la opinión científica dominante, supo pensar y dialogar con los mejores, en las fronteras últimas de la Filosofía de la Ciencia, pertrechado con las armas del rigor, la honradez y una perspicacia, todo hay que decirlo, poco común, que no le impedía, por cierto, ser muy sencillo. Pues al decir de uno de sus amigos, D. Mariano estudiaba asuntos complicados, pero él no lo era en absoluto.

La ambición intelectual a la que me refiero marca toda su trayectoria, empezando por la primera de sus tres tesis doctorales, un estudio sobre la aplicabilidad de la noción de substancia en la microfísica. Como ha sabido ver el profesor García Cuadrado, a quien agradezco su trabajo para la celebración de este homenaje, en esa investigación estaba ya una de las claves de su pensamiento: *las ciencias de la naturaleza no pueden prescindir de unas bases filosóficas sobre las que se sustentan las teorías científicas*¹. D. Mariano se lanzó al conocimiento exhaustivo de las más importantes de esas teorías, para desvelar su fundamento filosófico, siempre con la armonía entre Fe y Razón como telón de fondo de su trabajo.

1. J. A. GARCÍA CUADRADO, «D. Mariano Artigas, *In Memoriam*. Perfil Biográfico y Académico», *Scripta Theologica* 39 (2007/2) 467-478, especialmente 469.

Resulta modélica esa continua disposición para plantearse metas altas, que, además, lograba (y he ahí quizá algo especialmente ejemplar para quienes somos académicos). Sin duda, puede explicarse la cantidad y calidad de esa producción por sus abundantes virtudes humanas. Ordenado y metódico, era enemigo de improvisaciones y de objetivos difusos, y amigo del cumplimiento del deber, sin escala de grises ni pausas, consciente de que *tempus fugit*. Como para el poeta castellano, en la vida de D. Mariano *hoy era siempre todavía*.

Pero el motivo de su altura de miras y de su magnanimidad va más allá de una cuestión de carácter. Desde el despertar de su vocación científica, D. Mariano comprendió bien lo que nuestro Gran Canciller, Monseñor Javier Echevarría, afirmó en esta Universidad hace unos años: servir a la verdad «supone optar por una revolución que puede parecer lenta, pero que es, en definitiva, la única eficaz y profunda»². Y añadía: «No hay realismo mayor que el empeño diario basado en la esperanza e informado por el amor»³. Me parecen palabras idóneas para describir el itinerario vital del Profesor Artigas, que

2. Discurso de Mons. Javier Echevarría, Gran Canciller de la Universidad de Navarra, con motivo de la investidura de Doctores *honoris causa* (1998).

3. *Ibidem*.

supo aprender y enseñar con un realismo amoroso y esperanzado.

Termino. Como decía al principio, una celebración de este tipo no despertaría, seguramente, el entusiasmo de D. Mariano. Pero quizá podamos ganar, al menos, su indulgencia si sirve –además de como un justo homenaje– de estímulo para desarrollar su legado científico. *La Universidad* –son palabras también de nuestro Gran Canciller– *renace cada día del trabajo, de la oración y de los sueños de los que ahí trabajáis*⁴. El trabajo del Profesor Artigas puede seguir renaciendo cada día en la obra de sus discípulos; su intercesión, desde luego, no nos faltará; y el mayor de sus sueños, el conocimiento de la relación armónica entre la Fe y la Razón, debe ser siempre uno de los más altos ideales de nuestra Universidad.

4. *Nuestro Tiempo* (enero-febrero de 2000).